

La herencia del 68: entre el autoritarismo y la ciudadanía

♦
VÍCTOR MANUEL DURAND PONTE

En este texto presento una reflexión sobre la relación del movimiento del 68 con la formación de la ciudadanía y con los movimientos sociales, en especial los estudiantiles, que se desarrollaron posteriormente en las universidades mexicanas, en particular en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Creo que el movimiento de 1968, más que constituir un antecedente inmediato o directo de los movimientos subsiguientes, representó un marco cultural de referencia que define como principio de toda acción social el rechazo al autoritarismo, el rechazo a la represión como forma de resolver los conflictos sociales, y postula la defensa de las garantías fundamentales, del derecho de reunión, de expresión y de circulación de todo individuo; contribuyó, asimismo, a levantar la indignación que no acaba de apagarse ante la provocación y el abuso del poder del Estado.

El de 1968 fue un movimiento sui géneris; fue un movimiento estudiantil por su base, por sus dirigentes, pero no por sus demandas. Fue el primer movimiento ciudadano: promovió la defensa de derechos civiles en contra del Estado autoritario, en contra de organizaciones clasistas, empresariales y sindicales, en contra de los medios de comunicación subordinados. No sólo enfrentó al presidente Gustavo Díaz Ordaz, sino a todo el régimen autoritario; fue un movimiento contra el bloque histórico, como diría Gramsci, que se formó y dominó al país después de la segunda Guerra Mundial.

Las demandas ciudadanas de libertad de los presos políticos y la derogación de los artículos 145 y 145 bis del Có-

digo Penal, que tipificaban el delito de disolución social, mediante el cual se acusaba y se privaba de la libertad a todos los activistas y luchadores sociales que eran tachados de subversivos, expresan una continuidad de las luchas de la izquierda en nuestro país, pero la magnitud del movimiento estudiantil modificó su significado para la sociedad mexicana.

El movimiento de 1968 fue el primero en romper con la aceptación a la represión o a la pérdida de la vida de ciudadanos por las fuerzas del orden, con el pretexto de que eran subversivos y “enemigos de la patria”, e impuso una pauta cultural nueva y diferente: el rechazo al olvido, la necesidad del recuerdo y de la indignación. Situación que se muestra en los meses recientes, con la profusión de actividades a treinta años de distancia y el hecho de que en ninguno de los 29 años transcurridos desde entonces se dejó de recordar y de condenar el autoritarismo y la intolerancia gubernamental. El rechazo al olvido es uno de los elementos básicos para superar el arbitrio del poder e instaurar un Estado de derecho que respete las garantías individuales y los derechos humanos, de cuya defensa, sin duda, el movimiento estudiantil de 1968 es el precursor.

Otras demandas, como la destitución del jefe de la policía y del jefe del cuerpo de granaderos, el castigo a los responsables y la indemnización a las víctimas, fueron producto de la represión que había sufrido el movimiento desde sus inicios y especialmente desde el 26 de julio. Se demandó la aplicación de la justicia para castigar a quienes se apartaron del derecho y del respeto a los derechos humanos.

* Agradezco los comentarios de Marcia Smith M. y Javier Farrera A.

En su transcurrir, el movimiento adoptó otras demandas, como la defensa de la autonomía universitaria, el desalojo de los planteles ocupados por el ejército y, muy especialmente, la exigencia del diálogo público con el gobierno para resolver las cinco demandas del movimiento. Esta última significó la definición del otro, del gobierno como un igual dentro de la acción y como la parte acusada, la que debería reparar los daños, pero sobre todo, la que debería cambiar y dejar de lado las formas de relación autoritaria para construir nuevos vínculos con la sociedad con base en el derecho, en el respeto a las garantías constitucionales. La fuerza del movimiento, su capacidad de movilizar masas estudiantiles cada vez mayores y más disciplinadas, como lo demostró en la manifestación del silencio del 13 de septiembre, constituyó el capital político necesario para defender las demandas y para tratar de imponer el medio para resolverlas.

Sin embargo, la exigencia del diálogo público representó también un enfrentamiento con el autoritarismo; ahí no cabía la negociación política, era más una posición de guerra, lo que en parte explica la creciente polarización de las partes, la represión del gobierno y el radicalismo del movimiento. Los estudiantes lucharon por el derecho a manifestarse y a informar en las calles, defendieron su derecho de reunión, de circulación y de expresión. No obstante, entre más avanzó el movimiento, la represión se volvió más violenta e inhumana. El terreno de la confrontación se tornó cada vez más adverso al movimiento.

El movimiento se inició como una respuesta a la represión de las autoridades, a la profanación de los edificios universitarios y politécnicos, a la provocación de los gobernantes. Sin embargo, con su acción logró romper varios límites políticos del régimen, como acceder al Zócalo de la capital, lugar vedado para la oposición. Incluso, el intento de los estudiantes de llegar a la Plaza de la Constitución el 26 de julio fue la causa de la primera represión masiva del gobierno en contra de ellos. El movimiento rompió el tabú de no enfrentar al presidente de la República, y no sólo lo hizo, sino que lo obligó a responderle; de igual manera modificó una de las reglas fundamentales de la relación del régimen con la sociedad: puso en tela de juicio el poder del gobierno para reprimir a los opositores, le cuestionó su facultad, no escrita, para usar la violencia y violar los derechos humanos de los mexicanos según su arbitrio.

La derrota del movimiento en los últimos meses del año, la brutal represión del 2 de octubre, el encarcelamiento de un gran número de dirigentes y militantes, el levanta-

tamiento de la huelga, la división de los líderes del CNH, la desmovilización de los estudiantes y de sus brigadas, la desmoralización y el desánimo de las bases y los simpatizantes se constituyeron en elementos que permitieron generar —gracias al recuerdo y a la capacidad de mantener la indignación— una demanda social, moral y política en contra del Estado mexicano que aún está vigente. El régimen autoritario dejó de ser visto como algo natural, como consustancial al ser mexicano, según el cual el gobierno tenía el derecho de privar de la libertad y de la vida a los ciudadanos a quienes acusaba de subversivos, de antipatriotas, de comunistas y vendidos a alguna potencia extranjera. En las palabras de Raúl Álvarez, “los hechos contra los movimientos populares y guerrilleros no eran vistos o no había conciencia de que fueran actos represivos. Se registraban como hechos contra grupos subversivos de delincuentes”.¹ Lo que implica que se les consideraba como normales.

Pese a su enorme importancia, el movimiento estudiantil del 68 dejó una enseñanza que surge de su búsqueda del enfrentamiento: lo inútil de la confrontación, de la lógica de la guerra para hacer avanzar la construcción de la ciudadanía. La derrota remarcó la importancia de la política, de la solución de los conflictos mediante la negociación, dentro de una lógica de adversarios y no de enemigos.

Se abrió, de esta manera, una doble lógica política. Por una parte, la del recuerdo de lo acontecido, de la indignación, de la rabia, de la demanda legítima de castigo a los culpables, de la exigencia del respeto a los derechos humanos, de la no tolerancia a las violaciones. Por la otra parte, la necesidad de la política, de buscar la solución de los conflictos mediante la negociación y garantizar los avances en la construcción de la ciudadanía. Hasta nuestros días, ambas líneas no acaban de unirse en un Estado de derecho y en un régimen democrático plenamente aceptado por, al menos, la mayoría de los ciudadanos y actores colectivos. Los grupos guerrilleros, como el EPR o el ERPI, y las matanzas oficiales de Aguas Blancas, Acteal o El Charco son muestra de ello.

No obstante que no hayan concluido los procesos de construcción de la ciudadanía civil, basada en las garantías individuales, el movimiento del 68 es el antecedente indispensable de la indignación y del no olvido de las matanzas a grupos y comunidades de indígenas y campesinos. El mayor legado del movimiento estudiantil de 1968 es de hecho una

¹ Raúl Álvarez, “El decenio de los sesenta en México”, en *Memorias*, núm. 115, septiembre, CEMOS, 1998, p. 12.

revolución cultural, una revolución que puso fin a la concepción de que el Estado mexicano surgido de la Revolución tenía, por ello, la facultad y la obligación de reprimir y suprimir a los "enemigos de la patria", a los subversivos. En su lugar se demandó que las relaciones entre el gobierno y los ciudadanos se apegaran al derecho, que fuesen respetuosas de la letra constitucional. En 1968 se inició la lucha por la construcción de la ciudadanía, por el respeto de las garantías individuales, de los derechos humanos de todos los mexicanos.

En contrapartida, es necesario reconocer que el movimiento de 1968 no fue un movimiento por la democracia, entendida en el sentido liberal del término, pues no promovió la ciudadanía política, la facultad de los ciudadanos de elegir a sus gobernantes, los derechos políticos. Fue un movimiento antiautoritario, logró resquebrajar la legitimidad del régimen, al defender los derechos civiles, pero en lo político representó una expresión del mismo autoritarismo. En este sentido el del 68 no es diferente de muchos otros movimientos sociales que lograron minar a los regímenes autoritarios, como en los casos de Brasil, Chile, Argentina, etcétera, pero que fueron incapaces de construir la democracia política. La llegada de la política, de la inclusión de todos los diferentes, se va a iniciar en 1977 con la promulgación de la Ley de Organizaciones y Procesos Políticos Electorales.

El uso que se hizo de la idea de democracia durante el movimiento correspondía al empleado por el Partido Comunista Mexicano. Por una parte, se utilizaba para denunciar la antidemocracia del régimen, que reprimía los movimientos populares y negaba en la práctica los derechos civiles de los mexicanos consagrados en la Constitución Política. Con el mismo argumento, se denunciaba el fin de "la democracia a la mexicana". En su versión positiva o propositiva, la democratización significaba el ascenso de los movimientos populares, en especial el obrero-campesino, bajo la dirección de la vanguardia comunista, y cuya realización estaba indisolublemente unida a la instauración del socialismo; por lo tanto daba entrada al concepto de revolución y al de centralismo democrático. La idea de la democracia liberal como régimen político estaba ausente del discurso de todos los actores involucrados en el movimiento.

La respuesta política del gobierno de Díaz Ordaz fue otorgar el derecho al voto a los jóvenes a los 18 años, en lugar de los 21; con ello buscaba darles una línea de participación en las elecciones ceremoniales que sólo sancionaban las decisiones presidenciales. Más tarde, Luis Eche-

verría buscó restaurar el pacto social posrevolucionario, integrando de nueva cuenta a los sectores corporativos y a sectores de las clases medias en un nuevo acuerdo con el Estado; en este empeño las universidades fueron muy favorecidas al incrementar su número, su variedad y la matrícula de alumnos. Pero la vida política continuó regida por los principios del autoritarismo; una muestra de ello fue la represión a la marcha estudiantil del 10 de junio de 1971 por el grupo paramilitar de los Halcones.

La interpretación que hacemos del legado del movimiento estudiantil de 1968 implica que su herencia es muy importante en el ámbito de la construcción de la ciudadanía civil, es una revolución cultural. Pero en lo político, el movimiento estudiantil fue la continuidad de la vieja cultura de la izquierda mexicana. No se le puede achacar, salvo indirectamente, lo que sucedió con los movimientos estudiantiles y la participación de algunos de sus militantes en grupos armados u organizaciones populares que se desarrollaron con posterioridad, aunque sea parte de lo mismo, de una forma autoritaria de hacer la política.²

II. El movimiento estudiantil y las guerrillas en los años sesentas

Se menciona con frecuencia que la derrota del movimiento estudiantil de 1968 y el desencanto de sus militantes llevó a algunos de ellos a buscar la salida guerrillera, es decir, a buscar el cambio social a través del aniquilamiento de los enemigos por vías armadas o violentas.

Pero la verdad es que la guerrilla ya existía antes del 68. El primer movimiento armado de los años sesentas fue el del líder campesino Rubén Jaramillo, muerto el 24 de mayo de 1962. Asimismo existía el grupo guerrillero de Arturo Gámiz (1960-1965), que operó en Chihuahua, cuya acción más espectacular fue el ataque al cuartel de Ciudad Madera, Chihuahua, el 23 de septiembre de 1965. En 1962 la guerrilla de Genaro Vázquez, la Asociación Cívica Guerrillera, operó en Guerrero, y en 1966 se dio a conocer la formación del Consejo de Autodefensa del Pueblo, integrado por la Asociación Cívica y otras organizaciones del estado, entre ellas la Federación Estudiantil Universitaria. A este mismo grupo perteneció Lucio Cabañas, quien

² No desconozco que los grupos de izquierda que militaban en la UNAM y en el movimiento tenían entre sus funciones reclutar estudiantes para su causa, y que después de la derrota muchos militantes optaron por seguir otras vías, pero ello no fue producto del movimiento, aunque lo facilitó.

en 1967 se adentró en la sierra guerrerense, para sembrar el germen del clásico "foco guerrillero".

En 1966, la policía descubrió las prácticas militares de un comando guerrillero urbano, conocido como Movimiento Revolucionario del Pueblo, o Movimiento Armado del Pueblo, encabezado por Raúl Ugalde y Víctor Rico Galán, quien estuvo en la cárcel durante el 68, desde donde escribía a los estudiantes. También actuaba en ese entonces (1967) el Movimiento Marxista Leninista de México, de orientación maoísta, entre cuyos líderes estaban Federico Emery y Pablo Alvarado Barrera, quienes más tarde tendrían una participación destacada en el movimiento estudiantil. Ya entrado 1968 apareció la Liga 23 de Septiembre, vinculada al movimiento de Gámiz y aniquilada el mismo año.

Algunos analistas de la izquierda mexicana sostienen que después de la derrota del movimiento obrero, ferroviario y magisterial de 1958-1959, la izquierda se refugió en los movimientos estudiantiles y guerrilleros, con lo que se generó una relación estrecha entre ambos. Antes de 1968 surgieron algunos movimientos estudiantiles encabezados por grupos comunistas como los acaecidos en las universidades de Guerrero y Sinaloa; en esta última nació el proyecto de la Universidad Pueblo, muy ligado a la Asociación Cívica Guerrerense.

Respecto a la guerrilla se puede decir, en oposición a la hipótesis habitualmente sostenida, que algunos grupos proclives a esta forma de lucha participaron dentro del movimiento estudiantil desarrollando acciones en las cuales las brigadas utilizaban autos robados y armas.³

En consecuencia, nos parece que la participación de algunos estudiantes que militaron en el movimiento de 1968 y su paso a la guerrilla no fueron sino una extensión de la acción revolucionaria en la cual creían, con la cual identificaban al movimiento estudiantil y por supuesto a la lucha armada. Lo mismo sucede con los grupos de estudiantes que después del 68 crearon, bajo la inspiración maoísta, organizaciones para el trabajo con las masas populares o se incorporaron a ellas. No nos parece plausible la hipótesis de que el movimiento impulsó la guerrilla. Esta acción, repito, fue una extensión de una práctica anterior.

III. Las consecuencias del 68 en la UNAM

En la Universidad Nacional Autónoma de México el movimiento de 1968 dejó una profunda huella. Durante algunos meses la comunidad universitaria logró recrearse; los alumnos, maestros y autoridades, en su mayoría, se identificaban como comunidad universitaria y estaban unidos por las agresiones contra la institución y sus miembros. Asimismo el movimiento puso fin a un absurdo enfrentamiento entre la UNAM y el Instituto Politécnico Nacional, generado por disputas deportivas y alimentado por enfrentamientos violentos entre porros de ambas instituciones. La organización estudiantil también logró desterrar durante algunos meses a los porros organizados de la UNAM.

Durante el movimiento, la comunidad universitaria se estructuró internamente en torno a tres posiciones defendidas por los líderes. En la derecha se ubicaba el rector Javier Barros Sierra, que asumió la defensa de la autonomía y el repudio a la violación de ésta por parte del gobierno, sostuvo una posición en contra de la radicalización del movimiento y defendió el levantamiento de la huelga para evitar la confrontación buscando la solución de las demandas por vías de la negociación. En la izquierda se encontraba un grupo que pugnó por la radicalización del movimiento, por el enfrentamiento directo con el gobierno y con las fuerzas represivas; rechazó cualquier negociación o acercamiento con el enemigo, y se opuso al levantamiento de la huelga. En el centro estaba otro grupo que aceptó establecer contactos con miembros del gobierno pero sin levantar la huelga.

Pese a las diferencias, la comunidad permaneció unida. En uno de los momentos de mayor tensión, cuando el rector presentó su renuncia aduciendo su incapacidad para acercar a las partes y resolver el conflicto, la presión de la comunidad que se opuso a la salida de Barros Sierra logró fortalecer la unidad frente a los ataques del gobierno y sus aliados en contra del movimiento, del rector y de la Universidad.

La vida de la comunidad también se fortaleció por el estilo de participación de los estudiantes en el movimiento, al que comprometieron todo su tiempo. Vivieron en las instalaciones universitarias, ahí durmieron, ahí organizaron una división del trabajo que respondía a las necesidades del movimiento: impresión de volantes, formación de brigadas de propaganda, de *boteo* (pedir contribución al público para mantener al movimiento) así como su vida dentro del campus o las instalaciones universita-

³ Testimonio de Jorge Poo Hurtado ante la Comisión de la Cámara de Diputados que investiga los hechos del 68, en Jacinto R. Munguía, "Las otras balas, las otras voces del 68", *Milenio*, núm. 52, 24 de agosto de 1998, México, pp. 30-36.

rias: crearon grupos para conseguir víveres, preparar alimentos, organizar la diversión y las discusiones sobre el movimiento, etcétera. Prácticamente los alumnos renunciaron al resto de sus actividades; su familia, los amigos de sus barrios pasaron a segundo plano. La participación total generó una fuerte identidad entre la comunidad y la institución. Esa unidad generó a su vez que los estados de júbilo por los triunfos del movimiento, así como los estados de ansiedad y de enorme preocupación, fuesen colectivos y muy intensos. Cuando las instalaciones fueron ocupadas por el ejército, los estudiantes mantuvieron la unidad de sus grupos, de sus brigadas, pero la incomunicación y la represión hizo crecer la preocupación. El compromiso emocional de los participantes fue total y enormes fueron las consecuencias de la derrota del movimiento.

En este sentido el del 68 se asemeja más a un movimiento antiguo —por ejemplo, una huelga obrera que exige un enorme compromiso de los miembros— que a los “nuevos” movimientos, en los cuales los individuos participan sin comprometer todo su tiempo y su afecto.

La forma de participación y la unidad comunitaria también generaron nuevas pautas de relación entre los profesores y los estudiantes, pues se rompió la relación autoritaria dando lugar a relaciones más abiertas y participativas. Asimismo las relaciones de género se vieron favorecidas al

fortalecer los valores femeninos y al limitar el machismo de los hombres.⁴

La unidad de la comunidad universitaria duró poco. La sucesión de Javier Barros Sierra por Pablo González Casanova en la rectoría de la UNAM modificó la vida interna de la universidad. El nuevo rector, un reconocido intelectual de izquierda, promovió una política reformista en la institución. Creó el Colegio de Ciencias y Humanidades como una universidad paralela dentro de la UNAM, basada en principios pedagógicos y académicos más liberales y participativos; fundó, asimismo, la Escuela Nacional de Estudios Profesionales, con campus descentralizados y ubicados cerca de las zonas de bajos recursos económicos de la ciudad para acercar la Universidad a los sectores populares. Internamente, González Casanova promovió la participación de los miembros de la comunidad en el gobierno de las escuelas y facultades. La acción del rector se vio favorecida en los primeros años por la política populista y favorable a los movimientos sociales que impulsó Echeverría, pero que en 1973 sería derrotada, razón por la que el presidente se vio obligado, de nueva cuenta, a reprimir los movimientos sociales; el caso del movimiento obrero-electricista de la Tendencia Democrática del SUTERM es ejemplar.

La política reformista favoreció la acción de los grupos estudiantiles de izquierda que luchaba por la incorporación del marxismo en los planes de estudio y por la instauración del cogobierno en las escuelas y facultades como forma de democratizar las instituciones y, por su intermedio, de mejorar la vida académica. Estos movimientos estudiantiles retomaban la experiencia de movimientos anteriores al 68, en especial la de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo o las universidades autónomas de Guerrero y Sinaloa. El avance del movimiento en favor del cogobierno en facultades importantes de la UNAM como Economía, Ciencias, Medicina y Arquitectura provocó la oposición de los sectores conservadores de la institución, los cuales reclamaron el respeto a la legalidad universitaria oponiéndose al rector. Por otro lado, el gobierno intervino me-

⁴ Paco Ignacio Taibo II, 68, Planeta, México, 1991, pp. 42 y 44.



La-vandera mexicana

dianter la organización y financiamiento de grupos de porros, grupos de choque, que se encargaron de realizar diferentes provocaciones en contra del rector y fomentaron la violencia dentro del campus.⁵

Los movimientos estudiantiles de esos años desarrollaron distintas estrategias y propuestas de reforma universitaria: 1) La lucha por la reforma educativa y por el cogobierno de las universidades fue impulsada por el Partido Comunista en Puebla, Guerrero y el Distrito Federal. 2) La Universidad Fábrica fue promovida por La Liga Comunista 23 de Septiembre y por el Partido de los Pobres en Sinaloa y Oaxaca. 3) La Universidad Pueblo fue un proyecto de la Asociación Cívica Guerrerense y el Partido Comunista, puesto en práctica en Guerrero y Zacatecas. En general, las propuestas se basaban en la definición de una alianza obrero-estudiantil y luchaban para arrebatar a las universidades del dominio burgués buscando ponerlas al servicio del pueblo y de la revolución. En algunos casos, como con los enfermos de la Universidad de Sinaloa, se llegó a niveles de violencia terribles. El modelo de la Universidad Pueblo fue, quizás, el más desarrollado y el que tuvo

⁵ Germán Álvarez Mendiola, "El movimiento Estudiantil en la UNAM, 1962-1972, los años de la desesperanza y la reanimación", en *Foro Universitario*, núm. 61, diciembre de 1985, México, pp. 27-44.



El Monumento a la Revo-Ilusión

mayor influencia. El concepto fue elaborado por un grupo político de izquierda que luchó, después del movimiento del 68, a lo largo de la década de los setentas, por cambiar el orden político de México utilizando a las universidades para dichos fines. La base de este grupo político fue la Asociación Cívica Guerrerense, que se convirtió en una organización nacional, la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria. Junto a ella colaboraron otras organizaciones como Punto Crítico, la Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas, entre otras. En este empeño no participó el Partido Comunista Mexicano.

Fue la Universidad Autónoma de Guerrero donde esa propuesta se desarrolló ampliamente. Al principio el proyecto se propuso la democratización de la universidad, buscando dar continuidad a la tradición iniciada en 1918 en la Universidad de Córdoba, Argentina. Pero los líderes de la UAG fueron más allá: impulsaron la participación de los estudiantes, profesores y trabajadores en las decisiones fundamentales de esta institución, tales como la elección de las autoridades, rector y directores, cambio de los planes de estudios, creación de nuevas escuelas, etcétera. También buscaron que la UAG fuese popular, partiendo de la experiencia de la educación socialista del cardenismo, pero desde una perspectiva independiente del Estado. Esta experiencia no se quedó en el nivel asistencial (comedores, dormitorios, etcétera), pues impuso las tareas de extensión universitaria enfocada hacia los obreros, campesinos y núcleos empobrecidos. En la UAG se alentó la "universidad crítica", que emprendió el análisis de las ciencias naturales, de la economía, mediante el uso de las teorías marxistas. En 1972 el movimiento logró la autonomía e impuso el cogobierno; entre otras medidas se amplió la matrícula de la universidad de 5 000 a 9 600 alumnos, con lo que se aumentó sustantivamente el número de las becas. Estos movimientos se mantuvieron hasta mediados de los años ochentas, pero desaparecieron debido a conflictos internos y a la presión que el gobierno ejerció sobre ellos.

En el caso de la UNAM, las luchas estudiantiles que se desarrollaron después del 68 y hasta 1973 no fueron herederas de aquel movimiento y difirieron de él en muchos aspectos. En su organización fueron más verticales y vanguardistas: imponían a las masas sus decisiones, pero por la misma razón tuvieron escaso poder de convocatoria. Su acción se limitó a los ámbitos de las facultades o escuelas en las que actuaban, sus enemigos fueron las autoridades locales, su objetivo fue lograr el cogobierno y por medio de él introducir mejoras en la vida académica de acuerdo con los proyectos de la Universidad Pueblo.

En los movimientos de los estados como Guerrero, Puebla, Sinaloa o Oaxaca, también es difícil decir que existió una continuidad con el movimiento estudiantil del 68; más bien son una prolongación de la acción política que venían desarrollando las organizaciones de izquierda desde antes de esa fecha. Quizás se puede afirmar que la continuidad está dada por la política de las organizaciones de la izquierda, que en el movimiento estudiantil se expresa en la táctica de enfrentar al gobierno.

En 1973, con el surgimiento del movimiento sindical en la UNAM, se generaron dos procesos que limitaron al movimiento estudiantil cogobiernista. El primero es la renuncia del rector Pablo González Casanova, que puso fin al corto periodo reformista, y su relevo por Guillermo Soberón, quien inició un largo periodo conservador, limitando la expansión de las reformas y en especial el trabajo de los grupos estudiantiles de izquierda; asimismo opuso de manera radical a la ideología de la Universidad Pueblo el proyecto de la universidad basada en la "excelencia académica", con lo que se inició un conflicto entre ambos proyectos que hasta la fecha está vivo. En segundo lugar, el movimiento de los trabajadores universitarios eclipsó al estudiantil, debido a que las grandes organizaciones de izquierda privilegiaron el movimiento "proletario" sobre el resto de los movimientos.

Desde 1973 hasta 1986 el movimiento estudiantil desapareció en la UNAM. En 1986 surgió el Consejo Estudiantil Universitario (CEU) en oposición a la reforma académica del rector Jorge Carpizo. A diferencia del movimiento de 1968, el del CEU se limitó al ámbito universitario; fue al principio un movimiento defensivo, en contra del plan Carpizo, que pretendía destruir algunos de los privilegios más preciados por los estudiantes: el fin del pase automático del bachillerato a la licenciatura, el incremento de las cuotas de inscripción, la instauración de los exámenes departamentales para asegurar un mínimo de calidad institucional, etcétera. El movimiento del CEU, a pesar de que logró detener la reforma y realizar un Congreso Universitario con carácter resolutivo, se empantanó en los vericuetos del poder institucional y no logró ningún avance sustantivo. A semejanza del movimiento del 68, el CEU basó su fuerza en un gran poder de convocatoria, logró movilizar grandes contingentes de estudiantes, llenó el Zócalo en varias ocasiones, y con ello obligó a las autoridades a sentarse a negociar. En esta ocasión la política funcionó. Incluso en un movimiento de esa magnitud el rector no se vio en ningún momento amenazado pues el conflicto se fue resolviendo por medio de la negociación política. En este

caso, según mi opinión personal, falló la estrategia de los líderes del movimiento al apostar a que ellos tendrían la mayoría en el Congreso Universitario y con ello podrían imponer sus puntos de vista para definir la reforma académica de la UNAM. El resultado fue un empate que ha sumido a la Universidad en la inmovilidad durante los últimos años.

Otra diferencia importante entre los dos movimientos consistió en la forma de participación de los estudiantes. Mientras que en el primero fue permanente, en el segundo fue esporádica; ni en el momento en que fueron tomados los edificios de la Universidad por el CEU se dio el fenómeno del 68 consistente en que los estudiantes se fueran a vivir a las instalaciones universitarias; por el contrario, acudían de manera comprometida a los mítines y manifestaciones convocadas por los líderes, pero pasado el acto volvían a su vida cotidiana, como es típico en los "nuevos" movimientos sociales. Este comportamiento generaba la impresión de que el movimiento perdía fuerza, y las autoridades cometieron, en varias ocasiones, el error de aceptar esa impresión como correcta. La sorpresa no tardaba en llegar: en la siguiente convocatoria de los líderes el movimiento volvía a resurgir con mayor fuerza. El mismo fenómeno de la nueva participación, o el nuevo estilo, llevó a que los alumnos, cuando la Comisión Organizadora del Congreso se empantanó, perdieran el interés y los líderes del CEU perdieran fuerza, apoyo y la posibilidad de transformar la universidad según sus designios.

Las diferencias entre el movimiento del 68 y los que se desarrollaron posteriormente nos llevan a pensar que la influencia del primero sobre los segundos fue pobre, que no existe una clara continuidad entre ellos. En cierto sentido, el movimiento del 68 es irreplicable y su importancia está justamente en ello, es un momento entre movimientos estudiantiles de la vieja izquierda. En este sentido es un rayo en cielo azul.

En la actualidad es un tema público la condena a la violación de los derechos civiles, el rechazo al olvido y la no tolerancia a las violaciones. La ciudadanía política, aun cuando no está asegurada del todo, señala un claro avance en la democratización del sistema político. Falta, sin lugar a dudas, lograr la ciudadanía social, la aplicación de los derechos sociales, la participación justa y equitativa de los ciudadanos en la riqueza social. En este largo e incompleto proceso de conformación de la ciudadanía plena de los mexicanos, el 68 fue un paso indispensable y fundamental. ♦